

TROFEO GODÓ60 Barcelona Open Banc Sabadell



ILIE NASTASE

1973 • 1974

Nastase llegó al Godó casi por casualidad. Barcelona acogía el Grand Prix –actual World Tour Finals– en 1972 y defendía título. El torneo del Tenis Barcelona se disputaba un mes antes y nada mejor que preparar allí la cita. Aquel año, el rumano no brilló en el Godó, aunque sí revalidó título en el Palau Blaugrana. Decidió volver para dar lo mejor de sí mismo y en los dos siguientes torneos (1973 y 1974) ganó en el cuadro individual y en el de dobles, superando en las cuatro finales al ídolo local, Manolo Orantes. Imprevisible, Nastase se presentó in extremis en el Godó de 1973 y renunció a su turno de entrenamiento para asistir a un Barça-Madrid.

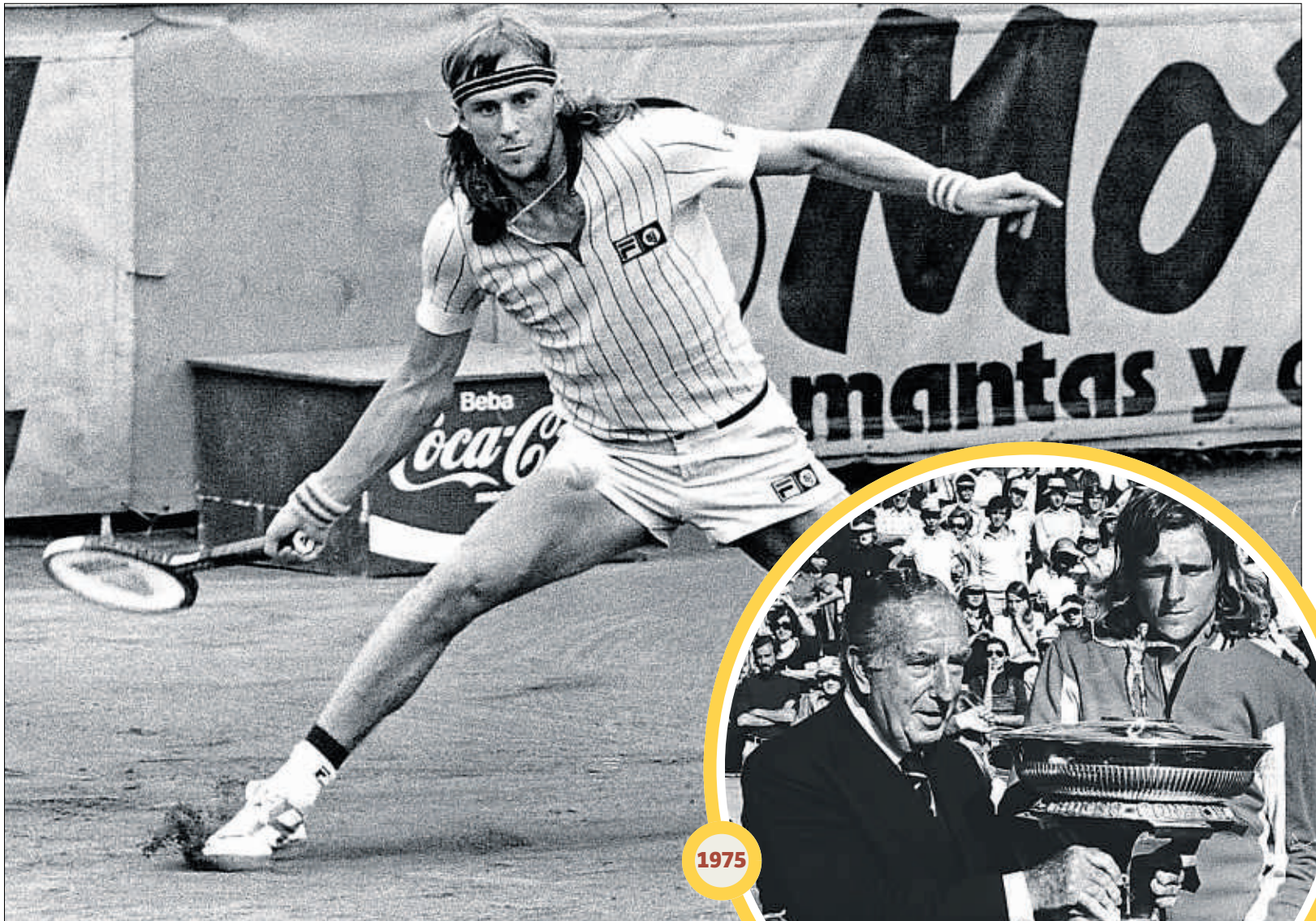


MARTIN MULLIGAN

1967 • 1968

El paso de Mulligan por el Godó ejemplifica mejor que ningún otro las paradojas que trajo consigo la era Open. Martin jugó sus dos primeros Godó como australiano, con resultados discretos, y ganó dos ediciones (1967 y 1968) como italiano. Fue, además, el último ganador anterior a la era Open y el primero del nuevo circuito. En 1964 emigró a Italia desobedeciendo las órdenes de la Federación Australiana para permanecer en su país e incluyó el Godó en su calendario. Tras jugar con el equipo italiano de Davis –que cayó en la final europea de 1968 en las pistas del Tenis Barcelona ante España– nunca más pudo competir como australiano.

LOS GRANDES CAMPEONES EXTRANJEROS



El sueco Borg golpea en la tierra barcelonesa, en el torneo de 1977

Más duro que el hielo

Björn Borg rompió moldes y marcó una época en el tenis mundial

ALFRED BELLOSTAS
Barcelona

La imagen es de los años setenta e inicios de los ochenta. Y es imborrable. Un tenista de larga melena, con una cinta en la frente y un pantalón corto muy ajustado, a la moda. Nada que ver con lo que se puede presenciar hoy en día en las pistas. Hubo un antes y un después de este jugador que marcó una época aunque en su palmarés, como el de otros muchos grandes deportistas, faltan dos torneos del Grand Slam. Su apodo, *Iceberg*, no era gratuito porque su juego era como el hielo, sin fisuras. Un estilo peculiar que

le llevó a lo más alto del tenis mundial gracias a un revés a dos manos infalible y, sobre todo, a un golpe de derecha con efecto llamado *topspin* que dificultaba mucho el retorno de la bola por parte de sus rivales. “Björn Borg rompió moldes”, dijo de él Manuel Orantes, con quien libró grandes duelos en la arcilla barcelonesa y también en otras muchas superficies.

El granadino le *conoció* en 1974 y enseguida vio cómo las gastaba. El escenario era inmejorable: la central de Roland Garros. Orantes había alcanzado su primera final de un Grand Slam y estaba en el mejor momento de su carrera. Enfrente tenía a una joven prome-

sa sueca. El jugador español impuso su experiencia en los dos primeros sets (2-6, 6-7), pero luego fue literalmente borrado de la pista por Borg, que se llevó el primero de sus seis títulos –Nadal le igualó el año pasado después de superar a Federer– con un marcador increíble: 6-0, 6-1, 6-1. Desde ese año hasta 1981, el sueco se convirtió en un tenista prácticamente imbatible en tierra, la superficie que mejor se adaptaba a las características de sus golpes. O eso al menos pensaban los especialistas. Porque Borg se encargó de demostrar lo contrario al exhibirse en la hierba de Wimbledon durante cinco años seguidos, de 1976 a 1980.

Desde que su padre le regaló una raqueta de tenis –de madera, claro está, al uso de la época–, la progresión de Borg fue meteórica fruto de su gran tesón, que le permitía entrenarse las horas necesarias, y de su fortaleza mental, que le convirtió en un jugador muy frío, capaz de afrontar las situaciones más complicadas sin inmutarse, con el rostro inexpresivo. Su duelo contra John McEnroe en la final de Wimbledon de 1980 está considerado como uno de los mejores partidos de la historia.

De su paso por el Trofeo Conde de Godó se recuerdan, sobre todo, sus enfrentamientos con Orantes, que le eliminó en sus dos primeras participaciones. Pero el destino le reservaría a Borg una oportunidad magnífica para el desquite: la final de 1977, año en el que se celebraba el 25.º aniversario del torneo. La fiebre estuvo a punto de impedirle repetir el triunfo que había logrado en 1975. En su partido ante José Moreno perdía por 6-3, 4-6, 1-4 cuando

EL TÉ SALVADOR

Una infusión le permitió superar un momento complicado en 1977 y avanzar hasta la final

do pidió un té muy cargado. Ganó cinco juegos seguidos y avanzó hasta el partido decisivo, en el que Orantes apenas pudo plantar cara y cayó por 6-2, 7-5, 6-2. “Era un jugador muy fuerte mentalmente y en ese momento ya era mucho más maduro que en años anteriores”, explicó el granadino sobre esa final.●